

PETER VAN OLMEN

Odessa y el mundo
secreto de los libros



Ediciones Siruela

Índice

Cubierta

Odessa y el mundo secreto de los libros

Parte 1

Tejas
Alas en la noche
Rodeada
La habitación prohibida
Los escritores muertos
Ludovico Aquila
Cerdo chamuscado
I.c.i.a.r.
Cornelius Cerebus
Un precipicio inesperado
Al fondo de la cueva
Árboles susurrantes
Sir Lancelot y los caballeros de la mesa redonda

Parte 2

Scribópolis
Dostoievski
Las hermanas B.
El plan de Odessa
Orfeo
Kafka
La Piedra de obsidiana
La pluma es más poderosa que la espada
Una ración de Polvo de Musa
La Biblioteca de Scribópolis
La historia del rábano
Lo más grande bajo Luno
La Pluma en la Piedra
Conversación de alto nivel
La conspiración
El llamamiento al anfiteatro
El Oráculo de Delfos
Eurídice
Lo rosa y lo gris
Ludo A. y la dama
Shakespeare
Canallas y héroes
En el ojo del Cíclope
Con turbante y bigote

Parte 3

Hierba del desierto

Pegaso

El Señor de las Minas

Amigos bajo juramento

Mármol y tapices

La sala de las cien estatuas

Calíope

Huyendo

Encuentros inesperados

El suelo bajo sus pies

Agujas y clavo

Eres de mi sangre...

¿No es mejor que muera una sola persona...?

Animales mitológicos olvidados y extinguidos del reino élfico medio

Un árbol solitario

Una decisión importante

Epílogo

Dramatis personae

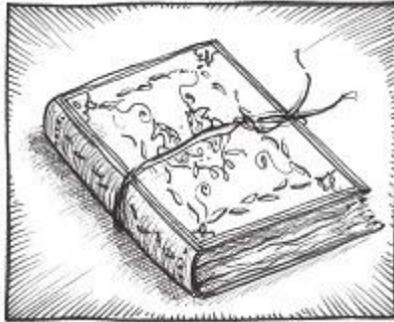
Créditos

Para Kobe y Lotte

Make not your thoughts your prisons.
Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*

Parte 1

Tejas



Odessa deseaba tener un padre.

Deseaba un padre que la sentara en su regazo, que le contara historias prodigiosas por la noche antes de ir a dormir y que los domingos la llevara a montar a caballo. Pero nada de eso tenía importancia ahora. En este momento lo que más deseaba era un padre que le tendiera la mano y la aupara al canalón del tejado, porque no resistiría mucho más.

Era de noche, llovía y estaba huyendo.

Ayudándose de un alféizar y dos molduras ornamentales había trepado por la bajante de una antigua casa señorial. Todo fue bien hasta que llegó al tejado. Entonces fue mal: el canalón sobresalía demasiado y no tenía fuerza suficiente para subirse a él.

Tenía el pie izquierdo apoyado en la moldura de la ventana más alta, y con el derecho buscaba en vano algo, un ladrillo o lo que fuera para sostenerse.

No podía bajar porque la atraparían.

Si continuaba colgada allí mucho tiempo se le agarrotarían las manos y caería.

Los adoquines de la calle brillaban a la luz de las farolas muy por debajo de donde ella se encontraba. Llovía a cántaros y el agua salpicaba en los charcos del suelo. Estaba

empapada. Tenía los dedos entumecidos. El agua que chorreaba por el canalón le entraba por la manga.

¿Y si se soltaba? Así todo acabaría. A algunas personas les atrae la muerte. Una pequeña caída, durante la cual toda tu vida pasa como una película ante tus ojos, y después nada más, eterno descanso.

Pero no podía morir; su madre se pondría hecha una furia.

«¡Vamos, Odessa! ¡Deja de hacer el tonto!», se dijo.

«No puedo, el canalón sobresale demasiado, no aguanto más, me voy a caer.»

«¡No te vas a caer, atontada! Apoya el pie en esa ventana e impúlsate. ¡Impúlsate!»

Con rabia arrastró el pie por la fachada buscando ese pequeño apoyo adicional. Notó una ranura en una piedra en la que le entraba justo la punta del zapato. Tomó impulso y logró encajar el codo en el canalón. Estuvo a punto de quitarlo porque estaba lleno de porquería: hojas podridas y una pasta mugrienta. Subió el pie, engancho el talón y subió.

Soltó la hebilla de su mochila y, jadeando, se dejó caer sobre el tejado, los pies en el canalón, la espalda apoyada en la fría pizarra.

Dejó que la lluvia le corriera por la cara. ¿Qué se le había perdido ahí abajo? ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! Los tejados eran sus amigos, las calles su enemigo. En las calles se sentía pequeña, los borrachos le daban miedo. En los tejados se sentía a salvo, pero aquella noche algo le había llamado la atención; en el centro de la plaza, abandonado sobre los adoquines y mojado por la lluvia, había un libro.

Jamás se habría atrevido a adentrarse en las calles por un libro, estuviera o no abandonado sobre los adoquines, pero con aquél ocurría algo extraño: emitía luz. No una luz intensa, como la de una linterna o la de una vela. Se trataba más bien de un débil resplandor que no habría llamado su aten-

ción a plena luz del día, pero que en aquella noche oscura le atrajo como una boya en el mar.

Permaneció un rato mirándolo con fascinación. ¿Y si...? Jamás se había atrevido a adentrarse en las calles.

Pero su curiosidad no tardó en vencer a su miedo. Bajó pasando de un tejado a otro hasta llegar a un murete por el que se deslizó hasta pisar un tonel desde el que saltó al suelo. Esperó un minuto entero en la sombra de un soportal hasta asegurarse de que la plaza estaba desierta y entonces fue hacia él.

Por un momento dio la impresión de que el brillo del libro sólo era el reflejo de la luz de las farolas en la tapa –podía ser, el libro estaba mojado y la luz de las farolas se reflejaba en los charcos–, pero el brillo iba aumentando según se acercaba a él, como si reaccionara a su presencia y le pidiera que se acercara.

Se arrodilló y cogió el libro del suelo. La tapa era de cuero rojo con delicados motivos bordados con hilo dorado, el papel de barba con los bordes deshilachados y estaba atado con un cordel de rafia. Odessa lo sostenía en sus manos como si hubiera encontrado un tesoro. El libro brillaba más que nunca y no tenía ni título ni autor. No lograba soltar el cordel con sus entumecidos dedos. Tiró de un pico de la tapa para poder ojear las páginas. A primera vista parecían en blanco.

Odessa comenzó a sentirse incómoda en el espacio abierto de la plaza. Metió rápidamente el libro en su mochila, allí estaría en un lugar seco. En casa podría seguir examinándolo.

Se dirigía hacia el tonel para volver a subir a la seguridad de los tejados cuando de pronto aparecieron unas oscuras figuras encapuchadas con mantos grises que, por su vestimenta, era evidente que no eran de aquel lugar. Parecían monjes de una hermandad medieval. Sus mantos estaban sucios y deshilachados, como si esos extraños tuviesen un largo viaje a sus espaldas.

Se acercaban a ella desde las sombras, aunque sería mejor decir se deslizaban, porque avanzaban sobre los adoquines como si tuvieran cámaras de aire bajo los pies. Sus mantos estaban empapados y se pegaban a sus deformes cuerpos.

No eran personas, pero entonces ¿qué eran?

Odessa nunca había pasado tanto miedo. Se escondió detrás del tonel. Por suerte los engendros no se fijaron en ella. Se dirigían al lugar en el que había estado el libro.

El hecho de que una banda de monjes con aspecto de engendro deseara el libro no hacía más que aumentar su misterio y, por supuesto, su propia curiosidad. No tenía intención de devolverlo. ¡Mala suerte para ellos! Ahora era suyo. Lo había conseguido honestamente.

Los engendros se arrodillaron en torno al lugar vacío y permanecieron así un rato, como sumidos en pensamientos. Después todos miraron a la vez hacia donde estaba ella.

Odessa echó a correr. Los engendros comenzaron la persecución. Al final de la calle miró hacia atrás. La estaban alcanzando. Se movían hacia ella como los peones en un ajedrez; mantenían una velocidad constante, sin reducir ni acelerar. Aquella podía ser su salvación porque ella contaba con otra velocidad añadida; en las suelas de sus viejas botas de cordones había incorporado unas pequeñas ruedas. Con un simple golpe de pie podía desplegarlas y salir propulsada como un rayo. Aquello no funcionaría sobre los irregulares adoquines, pero ella sabía que a la vuelta de la esquina había una plaza de losas grandes y cuadradas y la siguiente calle era de duro granito. Si lograba llegar hasta allí podría distanciarse patinando a toda velocidad.

Dio la vuelta a la esquina de la plaza y, con un movimiento perfectamente ensayado, sacó las ruedas de la suela de sus zapatos, que entraron en contacto con las pulidas piedras. Salió disparada como una flecha. Torció a la izquierda dando una curva cerrada, después a la derecha, otra vez a

la derecha y después otra vez a la izquierda hasta estar segura de haberse librado de sus perseguidores.

Al cabo de un cuarto de hora se detuvo para recuperar el aliento. No tenía ni idea de dónde se encontraba; se había librado de sus acechadores pero estaba perdida en un laberinto de callejuelas.

Estudió las fachadas de las casas, pero no logró reconocer ninguna. Nunca pisaba las calles. Siempre andaba por los tejados. Nunca encontraría el camino a casa recorriendo las calles. Sólo podía hacer una cosa: volver a los tejados.

Buscó una bajante resistente y volvió a trepar sirviéndose de alféizares y molduras.

Y allí estaba: los pies en el canalón, la espalda apoyada en la pizarra. Se había librado definitivamente de los engendros y tenía su trofeo en la mochila, pero estaba empapada, con la ropa llena de barro y el pantalón rasgado justo por encima de la rodilla. ¿Cómo iba a explicárselo a su madre?

No quería ni pensarlo. Si su madre se enteraba de que salía por las noches se pondría hecha una furia, encerraría a Odessa en su habitación y tapiaría su ventana. Era muy capaz de hacerlo.

Odessa era consciente de que debería sentirse culpable por desobedecer a su madre, pero no lo hacía. No podía evitarlo. Su madre era la culpable de que ella paseara de noche por los tejados y tampoco la dejaba salir de día. ¿Quién hacía algo así? ¿Qué madre encerraba a su propia hija? Ni que todo el mundo exterior fuera un gran lugar dañino lleno de peligros. Odessa ni siquiera podía ir al colegio. Posiblemente fuera la única niña de la ciudad que recibía clases privadas.

Una vez plantó cara.

—¿Por qué no puedo salir nunca?

—Eres demasiado pequeña, Odessa. Te lo explicaré cuando seas mayor.

–¡Pero soy la única que no va al colegio!

–¿Acaso mis clases no son mejores que las de esos profesores mal pagados?

–No se trata de eso. ¡No puedo hacer amigos!

–Me tienes a mí, ¿no es así?

–¡Mamá! ¡Menuda estupidez! Tendrías que escucharte. Quiero jugar fuera, trastear, hacer tonterías con niños de mi edad. Y además tú siempre estás fuera. ¡No te veo nunca!

–Es por tu bien.

–¿Encerrarme? ¿Por mi bien? ¡Sí, claro!

Decidió atacar a su madre, hasta donde ella sabía, por su lado más vulnerable.

–¡Quiero a mi padre! ¿Dónde está?

En los temblorosos lagrimales de su madre pudo ver que sus palabras le dolían.

–¿Qué le has hecho? ¿Por qué te abandonó?

–No tienes padre –se limitó a responder su madre.

Algo horrible debió ocurrir en el pasado de su madre, pero Odessa no tenía ni idea de qué. Por mucho que insistiera, su madre no soltaba prenda. Quejarse, suplicar, hacerse la inocente, poner ojos de corderito, amenazar con irse, nada servía, su madre era inflexible.

Si, a pesar de todo, Odessa continuaba insistiendo, su madre se enfadaba y permanecía callada durante días como una reina de hielo, lo que hacía que Odessa se sintiera aún peor.

Lo único que su madre había logrado con aquella rectitud era que a Odessa se le diera bien asentir. Por el día se comportaba de forma ejemplar: no salía, se cepillaba los dientes, fregaba los platos, seguía las clases de su madre, hacía la cama y realizaba con una sonrisa todas las aburridas tareas que le pedía su madre. Pero en cuanto por las noches su madre se retiraba a su biblioteca, en la que pasaba una increíble cantidad de tiempo entre sus libros –de verdad, a Odessa le encantaban los libros, pero su madre era una fanática de ellos–, Odessa abría la ventana y salía.

Se alejaba de su prisión. Se alejaba de las estúpidas normas de su madre. Se alejaba de su aburrida vida.

Las noches eran suyas.

Gracias a sus muchos paseos nocturnos, conocía los tejados de la ciudad como la palma de su mano. Pizarras, tejas, carrizo, cinc, sabía perfectamente por qué tejado podía bajar resbalando, a cuál podía subir con o sin carrerilla, dónde la calle era suficientemente estrecha para saltar y si el canalón de enfrente, aunque oxidado, era lo bastante resistente como para soportar el peso de una niña de trece años pequeña para su edad.

Los tejados eran suyos.

Tenía un lugar favorito, una de las casas más altas de la ciudad. El tejado estaba mal aislado y los habitantes de la casa ponían la calefacción tan alta que Odessa, en los nevados meses invernales, tenía el trasero calentito. Cerca de allí se encontraba un tejado plano más bajo en el que había un palomar construido con tablas y tela metálica. Entre las chimeneas había tendederos en los que nunca había nada tendido.

No sólo era un lugar cálido, sino que desde allí también podía verse gran parte de la ciudad. A menudo miraba, no sin cierta satisfacción, cómo echaban a los chicos a patadas del café o cómo fanfarroneaban por las calles los lobos de mar mientras las chicas de vida alegre les echaban el ojo encima para sacarles hasta el último céntimo. En las esquinas de las calles solía ver ladrones y ladronas deambulando para ofrecer la mercancía robada. Veía todo y nadie sabía que ella estaba allí. Imaginaba que era un ángel protegiendo a la gente. Entonces escribía poemas en hojas de papel con las que hacía aviones que lanzaba a las calles. Disfrutaba con la mirada de sorpresa que ponían los marineros cuando un avión pasaba rozándoles la nariz y lo recogían de la nieve y leían el texto, que les llegaba directo al corazón. En silencio deseaba que un gran escritor descubriera

sus poemas, se diera cuenta de lo buenos que eran y se pusiera a buscar a la misteriosa poetisa de los tejados.

Pero en aquel momento le apetecía cualquier cosa menos escribir poemas. Estaba mojada y tenía frío. Se abrazó e imaginó que eran los brazos de su padre, como solía hacer en sus momentos más tristes. Su cara, que olía a tabaco y a viajes lejanos, apretada contra la suya. Imaginaba que él era un héroe que vivía aventuras en países desconocidos, lo que explicaba por qué nunca la visitaba. Pero alguna vez vendría a sacarla de aquella lluviosa ciudad, de aquella lluviosa prisión.

Cerró los ojos.

«¿Odessa?», preguntó su padre con voz grave. Su sombrero de vaquero arrojaba una sombra sobre sus misteriosos ojos. «Éste es mi nuevo caballo, un purasangre árabe, regalo del rey Feizal de Persia. Sube a la grupa. Agárrate fuerte. Tenemos países que conquistar y tesoros que desenterrar.» Un instante después galopaban por el desierto. Eso sería maravilloso. Su padre le enseñaría el mundo. Él no le temía a nada, ni a una hermandad secreta de monjes medievales.

Los engendros.

Suspirando soltó a su padre imaginario y aterrizó de nuevo en su ropa fría y empapada por la lluvia. Se deslizó hasta el borde del tejado y miró la calle. La ciudad era azul oscura bajo la luz de la luna. Por aquí y por allá se iluminaba la ventana de un café entre los jirones de niebla. No se veía a nadie. ¿O tal vez sí?

Algo se movía en las sombras. Un ser encapuchado, con la cabeza inclinada hacia delante, se deslizaba de forma casi imperceptible delante de las casas. Los demás le seguían. Odessa creía haberse deshecho de ellos en el laberinto de callejuelas. ¿Cómo la habían encontrado? ¿Acaso podían oler su rastro como una jauría? Un engendro olfateó la bajante de agua.

¿Qué debía hacer? Lo más sensato era tirar el libro miste-

rioso, de hecho, ésa era su intención, pero algo la detenía. Tenía la sensación de que traicionaría a su padre si devolvía el libro. Su padre nunca se desprendería de un tesoro que hubiera conquistado al enemigo, era un héroe. Ella debía demostrar que era merecedora de él. ¿Qué haría él en su lugar? Se burlaría de ellos, ¡eso es lo que haría! Los desafiaría, los volvería locos y después se alejaría tranquilamente.

Los encapuchados rodeaban la bajante. Parecía que estaban deliberando. Odessa carraspeó, ¡eso es lo que haría su padre!, y escupió.

El escupitajo cayó con la cortina de lluvia justo encima del engendro más cercano a la bajante, ¡bien hecho!, y justo en el momento que iba a estrellarse en su capucha miró hacia arriba, ¡mejor aún! La saliva le caería en la cara o, al menos, donde debería haber una cara, porque allí donde Odessa esperaba ver una nariz torcida, dientes podridos y ojos saltones, no había más que un agujero negro.

El engendro ni se movió. Odessa había esperado ver un puño amenazante o recibir un gran insulto, pero él ni siquiera se estremeció, como si el escupitajo lo hubiera atravesado. Agarró la bajante y comenzó a trepar.

Tenía que salir pitando. Gateó rápidamente hasta la mitad del tejado, se mantuvo en equilibrio sobre el caballete y resbaló hacia el otro lado. Trepó como un gato por el muro del patio interior en el que crecía un precioso roble. Como un ladrón, se deslizó de sombra en sombra entre las chimeneas de la fábrica de arenques ahumados. Pero sobre todo saltó el mayor número de calles posible para estar segura de no dejar ningún rastro oloroso.

Al cabo de media hora de acrobacias estaba segura de que se había quitado a los engendros de encima; era imposible que pudieran seguir su rastro. Im-po-si-ble. Permaneció oculta detrás de una chimenea y observó los tejados. No se veía nada ni a nadie.

Esperó y esperó. Ya habían encontrado su rastro una vez. Pero no vino nadie. Lo había logrado.